

CAPÍTULO 1

Nick recorrió de arriba abajo la extraña sombra que permanecía al otro lado del umbral de su casa. Era la primera vez que veía a un mesiger. Hasta dónde llegaba su conocimiento, esas criaturas amorfas hechas de luz o de sombras, se habían extinguido al principio de los tiempos. Sin embargo, el ser de oscuro que estaba delante de él, tendiéndole un sobre de color crema, era bastante real.

—¿Es un fantasma? ¿Casi parece una de esas cosas hechas de humo que aparecen en las pelis de Harry Potter?

Le dedicó una mirada cargada de ironía hacia su alada, quien permanecía pegada a su espalda y oteando sobre su hombro con visible curiosidad. Tener sus tetas pegadas a la espalda, con esos duros pezones restregándose cada vez que se movía le estaba arrebatando toda la concentración.

—Es un mesiger —le dijo echando una mano hacia atrás para apretarle ligeramente la cadera—. Un mensajero del éter.

La presión de su cuerpo desapareció debido al cambio de postura, dejó su espalda y se colocó a su lado contemplando el ser que, de algún modo, se las había ingeniado para llamar al timbre y que sostenía en alto el sobre con una mano de dedos hechos de espesa niebla negra.

—¿El éter?

Extendió el brazo impidiéndole avanzar. La falta de conocimiento y el renacimiento al mundo que ahora compartía con él habían hecho que la curiosidad de Natalie se disparara.

—El espacio existente entre planos físicos —resumió de manera simple para su comprensión—. Se supone que eran un mito, pues nadie los había visto hasta el momento. Nadie que dejara constancia de ello al menos.

Frunció el ceño y dio un paso atrás.

—Pues a mí me parece bastante real, Nickolas —aseguró y señaló el sobre—. ¿No habla?

Sonrió de medio lado. Su compañera seguía pensando en todo de una forma muy humana y ella ya no lo era; era un Vitriale, al igual que él medio Angely, medio Demonía.

—No tiene necesidad de hablar —comentó, miró el sobre, luego la figura y cogió el primero. En el momento en que lo hizo la sombra se desintegró, literalmente.

—Joder —jadeó ella dando ahora un paso adelante—. ¿Por qué tiene que hacer eso delante de casa? ¿Y si lo han visto nuestros vecinos? Ya tengo bastantes problemas intentando que todo parezca... normal.

La miró divertido y sacudió la cabeza.

—A nuestros vecinos le da exactamente igual lo que hagas o dejes de hacer en nuestra casa, alada —aseguró—. Mientras no vuelvas a quemarles el jardín, abrir una brecha en su porche o fundir el tendido eléctrico de todo el vecindario, estarán bien.

Ese coqueto puchero que conocía tan bien frunció sus labios un segundo antes de sentir como le clavaba el dedo en el pecho.

—Eso sucedió hace un año —protestó con un mohín—. Ahora puedo controlarme... algo más.

Sonrió abiertamente, la rodeó con un brazo y la atrajo contra él para robarle un beso.

—Me gustas descontrolada, Nataly —le aseguró lamiéndole los labios—. Y por encima de todo, me gustas desnuda.

Puso los ojos en blanco y se inclinó hacia la mano en la que todavía sostenía el sobre.

—¿Qué es?

La dejó ir y miró el sobre con detenimiento.

—Ni dirección ni remitente —comentó con fina ironía—. No debería aceptar esta clase de correspondencia, uno nunca sabe quién está dispuesto a comenzar un pleito por cualquier cosa.

Enarcó una ceja y señaló la citación o lo que quiera que fuese.

—¿Es seguro?

Lo manejó con ambas manos, le dio unas cuantas vueltas y luego rasgó un lado como si nada mientras ella emitía un jadeo y contenía la respiración.

—Es un sobre normal y corriente, dulzura —sonrió de medio lado—, puedes volver a respirar.

Ella resopló pero no dijo nada. Se acercó una vez más a él y esperó hasta que extrajo una hoja de papel plegada, con un membrete que reconoció al instante.

—Nick, eso es...

—¡La madre que me parió! —jadeó leyendo el exiguo contenido y sacudiendo la cabeza al mismo tiempo—. Esto tiene que ser una broma, una jodida broma.

—Er... ¿qué es un Priaru? —preguntó ella inclinándose sobre su brazo—. ¿Gremio Angelus?

—Un jodido grano en mi culo, nena —declaró volviéndose a su mujer—. Uno realmente grande.

Volvió a mirar la hoja de papel cuya textura y tipografía conocía realmente bien, suspiró y se giró una vez más a ella.

—Parece que tendremos que dejarnos caer por Los Ángeles —rumió al tiempo que levantaba el papel a modo de indicación—, y hacerle una visita a Elphet.

Su alada sonrió con petulancia, sus ojos mostrando ya ese brillo de quién se sabe vencedor en una íntima y peculiar contienda.

—¿Qué te había dicho?

Sacudió la cabeza y negó.

—No, Nataly —se reusó al tiempo que le enseñaba el sobre—. Esto es algo totalmente distinto, aunque, igual de jodido.

Ella se limitó a darle la espalda y entrar de nuevo en casa.

—Lo que tú digas, compañero, pero te aseguro que antes de que termine la semana, acabarás volviendo a tus orígenes —le dijo en tono meloso y cantarín—. Ya lo verás, Nickolas, ya lo verás.

Frunció el ceño, echó un último vistazo a la despejada calle y resopló.

—Espero que solo sea de visita.

CAPÍTULO 2

Había cosas por las que valía la pena atravesar el infierno con los pies descalzos, pensó Radin mirando la tierna escena que se desarrollaba en su dormitorio. Su mujer, amamantando a su hija, era una de ellas. Se apoyó en el marco de la puerta contemplando embobado una estampa que ni se le hubiese pasado por la cabeza algo más de un año atrás. Ankara se mecía con el bebé en brazos, tatareando una antigua canción de nana mientras alimentaba a la pequeña de tres meses. Su hija, Nayeli, poseía su mismo pelo negro, los ojos azul oscuro con los que solían nacer los niños empezaban a mudar hacia el tono más claro que poseían los de su madre, esa boquita de labios rosas se cerraba sobre el oscuro pezón mientras la diminuta manita se cerraba en un puño contra el seno materno; tenía que reconocer que sentía envidia de su hijita en aquellos momentos.

Sonrió para sí, debía haber hecho algún ruido pues su hechicera levantó la mirada y sus labios se curvaron nada más verle. La amaba tanto, ¿cómo podía haber pasado tanto tiempo intentando alejarla de él? Ella había sufrido por él, había atravesado un infierno helado para volver a su lado y quedarse con él, le había concedido el mayor de los regalos al darle esa diminuta vida que formaba parte de ambos. Ankara era su vida, su penitencia, una que cumplía con sumo placer, pues amarla era la más dulce de las condenas.

—Hola.

Su voz suave y delicada lo estremeció hasta el alma. Su compañera, su hechicera, su amada. Había luchado con uñas y dientes por traerlo de vuelta, por hacerle abrir los ojos al destino que les aguardaba y que debían compartir.

Abandonó el umbral y caminó hacia las dos personas más importantes en su vida.

—Hola, hechicera —descendió sobre sus labios en un dulce beso e hizo lo mismo sobre su hija, besándola en la cabeza—. Hola, mi vida.

Su esposa dio un respingo cuando el bebé se revolvió en su pecho.

—Tiene hambre —murmuró sonrojada.

Le apartó el pelo del rostro y se lo acarició.

—Ya lo veo —le sonrió bajando ahora la mirada sobre su hija—, me temo que en eso ha salido a mí. Adora tus pechos.

Ella se rio por lo bajo.

—No me oirás decir lo contrario, Rad.

La besó de nuevo en la frente y la miró a los ojos.

—Te quiero, Kara —confesó. Las palabras surgían ahora con suma facilidad de sus labios, de su alma. Miró al bebé en sus brazos, había soltado el pezón y ahora los miraba con esos bonitos y enormes ojos—. ¿Ya te has cansado de comer, pequeña?

Nayeli gorjeó, estirándose y dedicándole esa tierna e inocente sonrisa que lo derretía antes de volver a lo suyo; comer.

—Ya veo que no —se rio al ver cómo su hijita retomaba su alimentación.

—Como acabas de apuntar, ha salido a ti —comentó su mujer con alegre diversión, se reacomodó en la mecedora y contempló a la niña mientras se alimentaba—. No me canso de mirarla, es... es perfecta, Radin, tan pequeña y perfecta.

Le acarició el pelo.

—De ti y de mí solo podía salir algo como ella, Kara —le guiñó el ojo—. Algo...

Se detuvo ante la repentina corriente que sintió alrededor de la casa, su poder crepitó en su interior ante la presencia de algo inesperado y de naturaleza extraña.

—Radin...

Miró a su compañera y vio en sus ojos que ella lo había sentido también.

—No os mováis de aquí.

La besó de nuevo, acarició la cabecita de la niña y se personó al momento en el porche para encontrarse cara a cara —si es que podía decirse de aquel ser que tuviese cara— con algo totalmente inesperado.

<<Mesiger>>.

Su alto espíritu solía manifestarse ahora de vez en cuando en su mente aportando el conocimiento o el poder que necesitaba.

<<Un mensajero del Éter>>.

Conocía el término, pero era la primera vez que veía uno, que era consciente de su fantasmagórico aspecto. Había escuchado cosas sobre ellos, su pueblo los consideraba mensajeros de los Altos Espíritus en la tierra, pero hasta ese momento solo habían

sido eso, cuentos y leyendas.

Contempló al ser que parecía flotar ante él, no tenía forma, casi parecía un espectro compuesto como una niebla blanquecina. Su rostro, si se le podía llamar así, era ovalado, con dos remolinos de brillante luz por ojos que apenas podía soportar de lo intenso que era su brillo. No sintió amenaza alguna procedente de eso, por el contrario, la paz que emanaba era absoluta.

<<¿Radin?>>.

Notó el tono preocupado en la voz de su compañera.

<<Está bien, Kara. Quédate dentro con la niña>>.

—¿Qué quieres?

El ser de luz extendió una fantasmal mano cuyos nebulosos dedos sostenían un sobre color crema.

Frunció el ceño ante la inesperada respuesta, miró el objeto en cuestión y luego a él.

—¿Es para mí?

La figura se limitó a asentir o lo que podría pasar por asentimiento. Dudó durante unos instantes, miró de nuevo el sobre y lo sondeó con su poder; no notó nada extraño más allá de aquella inconsistente y luminosa presencia.

Preparándose para lo peor, extendió la mano y lo cogió. En el momento en que sus dedos hicieron contacto, la figura explotó desapareciendo por completo.

—¿Qué... qué fue eso?

Se giró para ver a Ankara de pie en el umbral, sus ojos tan azules como el cielo, su espíritu alcanzando el suyo.

—El correo —declaró levantando el sobre con gesto irónico. Se giró de nuevo hacia el porche pero ya no había rastro de la inesperada visita, ni siquiera de esa perturbación de poder.

Notó la suave mano de su compañera sobre el hombro.

—¿Correo? ¿De quién?

No se lo pensó dos veces, rasgó el sobre por un lado y sacó el contenido de su interior;

una simple hoja de papel.

—Tanto espectáculo para una simple hoja de... —Las palabras empezaron a desvanecerse de su boca al tiempo que leía las breves líneas escritas en la página—. No me jodas...

Su exabrupto la sobresaltó. Se inclinó sobre él de modo que pudiese leer también el contenido y frunció el ceño.

—¿Priaru del Gremio Magician? Eso es...

—Una auténtica locura —jadeó él, bajando el documento y dejando que este ardiese en su mano con el fuego de su poder—. Parece que tendré que hacer una visita a la puñetera Agencia Demonía.

Ella parpadeó y miró el papel calcinándose por completo ahora sobre el suelo.

—Cogeré la bolsa del bebé.

CAPÍTULO 3

—Vaya unas visitas más interesantes que tienes, demonio.

Riel echó un vistazo en dirección a Nishel quién se había personado a su lado. Su amigo estaba tan sorprendido como él de encontrarse aquello en el porche de su casa. El ángel caído había venido con su esposa a comer, Eireen los había invitado la semana anterior aprovechando que ambos estarían por la ciudad. De hecho, acaban de terminar el postre cuando escucharon el timbre de la puerta casi en el mismo instante en que las salvaguardas, que mantenía sobre su hogar para la protección de su familia, temblaron como si hubiesen sido alcanzadas por un rayo.

Ambos dejaron la mesa, alertas y listos para enfrentar lo que osara atacar su hogar y a los miembros de su familia, pero cuando abrió la puerta lo último que esperaban encontrarse en el umbral era un ser sacado de los viejos libros de su raza, de los cuentos de su niñez y más allá si cabía.

Sin forma definida, el oscuro ser parecía una especie de espectro que se limitaba a flotar sobre el porche de manera.

—¿Qué demonios es eso? —jadeó Eireen en el umbral.

—¿No te recuerda a ese bicho feo y harapiento de la peli de Harry Potter? —escuchó comentar a Gabrielle—. ¿Cómo los llamaban? ¿Esas cosas que parecían sábanas viejas y sucias envueltas en humo?

—No lo sé, cariño, no tengo por costumbre ver a críos jugando con varitas —contestó Nishel, quién parecía bastante interesado en lo que tenía frente a él—. ¿Es lo que creo que es?

Recorrió al ser con la mirada.

—No lo sé —aceptó sin más—. Siempre pensé que se trataba de un mito, que se habían extinguido al principio de los tiempos.

—Pues esa cosa parece bastante... er... bastante... consistente para estar extinguida.

—¿Es peligroso? —La duda y el temor en la voz de su esposa lo llevó a mirar en su dirección.

—No lo creo —declaró volviendo de nuevo a mirar el ser. Entrecerró los ojos sobre la oscura silueta y dejó que su poder lo alcanzase pero no sintió nada procedente de él. Ningún pensamiento, ninguna emoción, era el vacío, uno completo y absoluto que daba escalofríos y al mismo tiempo, su inocuidad le confería un aura de serenidad absoluta—. ¿Qué eres?

El ser no se movió, ni siquiera habló, se limitó a permanecer mirando al frente, en su dirección o eso era lo que podía suponer ante lo que solo podían ser dos pozos de insondable negrura que tenía por ojos.

—Papá, papá... ¡gatito!

Riel apenas tuvo tiempo de girarse hacia la puerta al escuchar la voz de su hijo cuando el niño atravesó corriendo el umbral, esquivando las manos de su madre, quien intentó detenerlo.

—¡Reave! —gritó ella—. ¡Riel, cógelo!

—¡Gatito! —chilló feliz, estirando los bracitos hacia la espectral figura un segundo antes de que le impidiese entrar en contacto con ella.

—¡No!

Su voz fue suficiente seria y demandante como para que su hijo se detuviese en seco y se girarse en sus brazos mirándole sorprendido. No solía levantarle la voz y el tono amenazante lo había sorprendido.

—Gatito, papá —insistió el niño ahora en voz baja—. Gatito...

«Gatito» era la nueva palabra que su hijo utilizaba para todo. Cualquier cosa que viese, era gatito, las flores, los desconocidos, las cosas que encontraba en el suelo, las personas que pasaban por la calle, los animales... para él todo era “gatito”.

—¡Reave! —jadeó Eireen asegurándose de que su vástago estaba de una pieza.

—Mamá, gatito —insistió el niño señalando ahora hacia la sombra, cuya cabeza parecía haberse ladeado ligeramente en dirección al niño.

No necesitó mirarla para sentir su nerviosismo y miedo, escuchar el grito de pánico en su voz le atenazó el alma. Lo puso en sus brazos y le acarició el rostro, transmitiéndole calma.

—Está bien, encanto, está bien —la tranquilizó y se giró hacia esa cosa, quién ahora volvía a fijarse en él.

El ser extendió entonces lo que solo podía considerarse un brazo terminado en una mano de dedos formados por girones de niebla entre los cuales sujetaba un inofensivo sobre color crema.

—¿Es para mí? —preguntó contemplando la mano extendida.

La figura pareció diluirse por un momento antes de acercarse un poco más el sobre hacia él.

—Llámame loca, pero juraría que eso podría considerarse un sí —añadió la mujer de su amigo.

Nishel no tardó en dar su propia opinión.

—Estoy con ella.

Intentó sondear una vez más ese ser pero seguía sin encontrar nada que le diese una pista de la naturaleza del mismo. Si era lo que pensaban que era, estaban ante algo que se creía extinto o al menos parte de antiguas leyendas que había escuchado en su niñez para asustar a los niños.

Miró el sobre, echó un nuevo vistazo a Eireen y a su hijo y finalmente dejó que sus instintos lo guiasen. Cogió el pedazo de papel de entre los inconsistentes dedos y, nada más dar un paso atrás, la figura explotó.

—Ohhh gatito —exclamó su hijo chocando ambas palmas—. No ta.

La sorpresa del niño se duplicó en cada uno de los presentes de distintas formas.

—Joder, Eireen, ¿has visto eso?

—Sí, lo he visto, Gabrielle.

—Bien, no quería pensar que estaba alucinando tan temprano.

—¿Qué coño...? —se adelantó Nishel, se detuvo en el lugar que había estado la sombra y luego se giró hacia él—. Debería ser imposible pero, ¿era lo que creo que es?

Bajó la mirada al sobre sin dirección o remitente que tenía entre las manos y luego miró a su amigo.

—Un mensajero —asintió buscando en su memoria el nombre exacto—. Sí, creo que era un mesiger.

—Joder —repitió al tiempo que se pasaba la mano por el pelo rubio—. Un mensajero del éter.

—Para las recientemente afiliadas al club paranormal, una explicación, por favor —pidió Gabrielle.

—Se dice de ellos que son los mensajeros del espacio entre planos —comentó el caído frotándose la mandíbula—, los encargados de entregar los mensajes procedentes de... bueno, la creación, la destrucción, el destino, el libre albedrío... llámalo como quieras, pero básicamente es aquello que rige el orden general. Hasta hoy, pensé que eran un mito.

No era el único, pensó Riel mirando de nuevo el sobre entre sus manos.

—Entonces, ¿esa cosa vino a entregar un mensaje?

Su amigo señaló en su dirección.

—Eso parece, Eireen, uno dirigido a tu marido.

Levantó la mirada aludido, miró a su compañera y a su hijo, quién seguía canturreando en su propio lenguaje del cual solo podías extraer alguna que otra palabra. Su esposa le hablaba ahora en voz baja, regañándolo.

—No se sale corriendo así de casa, Reave —lo amonestaba—. Has dado un susto de muerte a mamá y papá.

—Gatito —insistió el niño señalando el lugar en el que había estado la sombra—. No ta.

La inocencia de su hijo lo hizo sonreír y lo tranquilizó al mismo tiempo; ese pequeño diablillo iba a sacarles canas a ambos. Volvió a mirar el sobre y sin más, rasgó el borde para acceder al contenido de su interior.

—¿Algo de lo que preocuparnos?

Negó con la cabeza.

—Es un sobre y una hoja completamente... —sus palabras se esfumaron en cuanto desdobló la página y reconoció el logo que presidía el encabezado de la misma—. No puede ser verdad...

—¿Qué ocurre? —se interesó Eireen asomándose para ver.

—¿Malas noticias? —preguntó Gabrielle cuando Nishel se acercó y le quitó el papel de las manos.

—Esto tiene que ser una jodida broma —declaró el ángel caído con un bajo silbido—. Joder tío, ¿qué has hecho?

Recuperó la página y volvió a leer una vez más el contenido.

—Maldito si lo sé —declaró empezando a cabrearse de veras—, pero obviamente hay un único lugar en el que puedo obtener las respuestas.

Se giró hacia su mujer, cogió a su hijo en brazos y le tendió la carta para que la leyese.

—Tendré que hacer una visita a mi antiguo lugar de trabajo —declaró—, a ver si la nueva jefa puede arrojar algo de luz sobre esta mierda.

CAPÍTULO 4

Un irritante e insistente sonido penetró en su sueño arrancándolo de su agradable y necesario descanso.

—¿Qué hora es?

La somnolienta voz femenina le recordó que estaba acompañado. Extendió la mano a su derecha y encontró la suave y satinada piel desnuda de su compañera de cama. Su libido se activó de inmediato, el deseo sexual acudió presto y veloz a su demanda y el hambre se despertó una vez más en su interior como si no se hubiese dado un buen festín horas antes con ella. Deslizó los dedos por su espalda, pensando en lo que le haría tan pronto pudiera deshacerse de la sábana, separarle las piernas y hundirse

finalmente en su interior desde esa misma posición.

—Demasiado temprano para importarme siquiera —ronroneó tirando de la ropa de cama hacia atrás dejando expuesta la piel de su cuello.

Ella se desperezó, alejándose de su contacto.

—Pues llaman al timbre —rezongó arropándose una vez más.

Chasqueó la lengua ante el tono demandante en su voz que ya había aprendido a conocer en todas las lides.

—Siempre puedes levantarte y abrir —le dijo al tiempo que le daba una palmada en el culo por encima de la sábana.

Ella se limitó a girarse ligeramente, con los ojos medio cerrados y recordarle un pequeño y obvio detalle.

—Es tu casa, gilipollas.

Hizo una mueca, miró la puerta y volvió a acomodarse.

—Solo por eso seguiré dejando que suene.

Ella emitió un fastidiado y erótico ruidito y se incorporó dejando que esas dos suculentas y llenas tetas al descubierto.

—Mac, ve a abrir la jodida puerta —le ordenó con ese tonito que siempre utilizaba para hacerse escuchar—, y ya puestos mata al que haya al otro lado.

Enarcó una ceja cuando la vio volver a tumbarse, cubrirse con la sábana y meter la cabeza debajo de la almohada.

—No eres una persona muy madrugadora, ¿eh, sunshine?

La escuchó bostezar.

—Deja de llamarme así.

Se inclinó sobre ella, tiró un poco de la tela, apartó la almohada y acercó los labios a la oreja femenina. Dios, olía de maravilla.

—¿Prefieres que te llame jefa?

La respuesta femenina fue refunfuñar, recuperar la ropa de cama e ignorarlo por completo.

Sacudió la cabeza con gesto divertido, miró hacia el otro lado de la habitación e hizo una mueca ante el incansable sonido del timbre.

—Joder, empiezo a plantearme seriamente el matar a ese o esa gilipollas.

Dejó escapar un suspiro, hizo la sábana a un lado y cogió el móvil de su mesilla de noche para ver qué hora era.

—De puta madre —resopló, se pasó las manos por la cara y contempló la figura todavía oculta bajo la sábana—. Elph, son las seis de la tarde, quizá quieras ir levantándote...

La respuesta no se hizo de rogar.

—Es domingo —rezongó—, Aine se ocupa de la oficina los domingos.

—Y eso hace que deje de preguntarme porqué solo un puñado de agentes se pasa por el edificio los domingos —rumió—. Los que no están de guardia, están pegándose un revolcón en la sala de la fotocopidora.

—Te he oído, Mackenzie.

No contuvo la sonrisa, le encantaba picarla, era lo que hacía divertido esa esporádica relación de cama que mantenían.

—Esa era mi intención. —Estaba a punto de arrebatarle la sábana y decirle lo que podían hacer para pasar el resto del tiempo cuando escuchó de nuevo el insistente sonido del timbre acompañado ahora de golpes en la puerta—. De acuerdo, voy a matar al que esté al otro lado.

—Sabía que te gustaría mi idea —murmuró ella retorciéndose bajo las sábanas—. Acaba ya con su sufrimiento... o lo haré yo.

La miró de reojo, suspiró, dejó de nuevo el teléfono en su sitio y cruzó la habitación tomándose su tiempo para desperezarse.

—Te has vuelto muy gruñona de repente, sunshine.

—Te he dicho que no me llames...

—Sí, sí, lo que tú digas, sunshine.

Sabía que esa hembra era muy capaz de arrancarle las pelotas y hacer que las llevase alrededor del cuello como un trofeo pero no podía evitar irritarla de aquella manera. Elphet era toda profesionalidad detrás de su despacho, su nuevo cargo como directora, presidenta y manda más de la Agencia Demonía le había quitado parte de la frescura que exhibía entre las sábanas y él estaba más que encantado de recordárselo.

Echó un rápido vistazo a su reflejo e hizo una mueca, tenía que afeitarse y no le vendría mal un corte de pelo.

El maldito timbre volvió a la carga, fulminó la puerta de la entrada con la mirada y utilizó su poder para abrirla de golpe sin ni siquiera tocarla.

—Saca el puñetero dedo de ese maldito... —Las palabras se volatilizaron de sus labios cuando se encontró cara a cara con aquella inesperada visita—. ¡Hostia puta!

El espectro, porque solo podía considerarse algo así al oscuro ser amorfo envuelto en niebla y sin rasgos definidos que llenaba ahora su umbral, extendió una mano en su dirección tendiéndole lo que parecía un sobre de color crema. Los dedos fantasmales parecían desvanecerse y reaparecer alrededor del tangible papel mientras flotaba sobre el felpudo.

—No me jodas —murmuró intentando recobrase de la sorpresa que suponía encontrarse al otro lado de la puerta de tu casa un ser que siempre habías considerado parte de mitos antiguos—. ¡Elphet! Mueve el puto culo hasta aquí ahora mismo.

La mujer no tardó en responder con un par de resoplidos, una vana amenaza y al momento escuchó sus pies descalzos caminando hacia la puerta.

—Demonios, Mac, ¿es que no puedes ponerte algo encima antes de abrir la puerta? —rezongó a su espalda—. ¿Qué es lo que...? Oh, joder...

Se hizo a un lado para que pudiese ver a su inesperado invitado.

—Dime que estás viendo lo mismo que estoy viendo yo, sunshine.

—Es... es un mesiger —musitó con absoluto asombro—. Como... pensé... se suponía que...

—Que eran un mito, se habían extinguido, etc —terminó por ella—. Pues este parece bastante vivito y coleando, si es que puede considerársele así y viene con recomendación —añadió señalando la carta.

La mujer se había envuelto en una bata, su melena caía en desordenados mechones sobre sus hombros mientras se detenía a su lado y contemplaba absorta al individuo.

—Coge el sobre.

Enarcó una ceja ante su tono.

—No estamos en horario laboral para que me digas lo que...

—Mac, cierra la jodida boca y coge el maldito sobre —insistió señalando la mano extendida—. Es un mensajero del éter, solo se presenta en el umbral de aquel al que busca. Sea lo que sea, está aquí por ti.

—Que jodida suerte la mía —rumió.

Miró la sombra de reojo y finalmente el trozo de papel que sujetaba. Tan pronto sus dedos entraron en contacto con él y lo cogió, la figura explotó desapareciendo en la nada.

—Joder —clamó dando un salto hacia atrás, mirando el lugar vacío en el que hasta ese momento había estado—. ¿Qué demonios?

Elphet pasó delante de él y salió al lugar en el que había estado suspendido el espectro.

—Es... es increíble —jadeó, girando sobre sí misma como si esperase encontrar algo que marcara el lugar que había ocupado el ser—. Era un mensajero del éter. Nunca pensé que vería uno, es...

—Um, ¿Elph? ¿Has estado jugando últimamente con el programa de la agencia? —le preguntó leyendo por segunda vez la página que había sacado del sobre.

Ella frunció el ceño y se acercó a él.

—¿De qué estás hablando?

Le tendió el papel.

—De esto, nena, de esto —señaló el breve texto con un dedo, allí dónde estaba escrito su nombre—. Dime que es una jodida y absurda broma antes de que me piense seriamente el matarte ahora mismo.

Su respuesta fue abrir los ojos y jadear atónita.

—¿Priaru del Gremio Metafis? —La incredulidad en su voz hacía juego con la que bailaba en sus ojos—. ¿Una convocatoria de la Agencia? Esto no... no es... joder...

—Oh, sí, nena, esa es la palabra «joder» —declaró indicando una vez más el papel—, y a lo grande.

Ambos miraron una vez más la hoja de papel que contenía el nuevo logo de la agencia y el escueto mensaje que había debajo.

CAPÍTULO 5

—¿Qué somos? ¿Los cuatro gilipollas del Apocalipsis?

Nick descansó ambas manos sobre el borde del escritorio de Elphet y cruzó las piernas con gesto distraído. Hacía poco más de una hora que se había dejado caer por la agencia para descubrir que no era el único que había sido convocado.

—Creo que el Apocalipsis sería más fácil de afrontar que esto, Mac —comentó Radin. El hechicero permanecía apoyado en la pared, lejos de los demás pero sin estar del todo separado.

—Sigo pensando que tiene que tratarse de una equivocación —añadió Riel de pie a su lado. El demonio había sido el primero en saludarlo nada más personarse en la oficina.

—Si lo fuese no hubiésemos recibido la visita de un ser que se creía extinguido —les recordó a cada uno de los presentes.

—No me lo recuerdes, casi me da una apoplejía.

—La apoplejía debió tenerla él cuando te vio en pelotas —rumió Elphet, quién no había dejado de pasearse de un lado a otro de la habitación.

El íntimo comentario, así como la obvia corriente que pasaba entre ellos le decía mucho más de lo que quería saber. La pequeña nereida parecía haber encontrado a un compañero de juegos, alguien en quién confiaba lo suficiente como para permitirle acercarse a ella.

Ladeó la cabeza, la estudió minuciosamente y finalmente calibró al ícubo a quién todavía no conocía en profundidad.

—No deberías joder con tus empleados, ahora eres la jefa —le recordó intentando contener su hilaridad.

Ella lo miró de la misma forma, duplicando su gesto.

—¿Y lo dice el antiguo jefe que se tiraba a su secretaria?

Sí, esa era su pequeña Elphet en toda su gloria. Sonrió de medio lado y le guiñó el ojo.

—Siempre fuiste más que una secretaria.

Ella puso los ojos en blanco y señaló el aparato que ahora ocupaba una esquina en la oficina principal.

—Centrémonos en lo importante, ¿cómo demonios ha podido pasar esto?

Una buena pregunta, sin duda, pensó.

—Creo que no es cuestión de demonios, ángeles o cualquiera de los demás Gremios —declaró mirando la caja cuyo funcionamiento seguía siendo un misterio para él, a pesar de que fue quién la implementó en la agencia—. Y al mismo tiempo lo es de todos. El programa está conectado con el plano entre mundos, con algo que va más allá de mi propio entendimiento.

—¿De dónde lo sacaste?

Se encogió de hombros.

—Cuando lo necesité, sencillamente apareció —aceptó mirando a Radin—. Dejé de cuestionarme muchas cosas desde el momento en que entró en funcionamiento y los resultados fueron más que satisfactorios.

—Si por satisfactorios te refieres a un buen grupo de agentes dejando la agencia por encontrar pareja... —comentó Elphet—. En los últimos tres años hemos perdido a una buena cantera la cual está resultando un poquito difícil reemplazar. Más que una agencia de acompañantes, nos hemos convertido en una agencia matrimonial.

—No oirás que me queje —declaró Riel de brazos cruzados—. Mi estancia en Demonía me ha reportado más de lo que habría podido imaginar. Solo puedo estarle agradecido a ese cacharro por poner a Eireen en mi camino.

—Como he dicho, los resultados han sido más que satisfactorios —aseguró Nick mirando al emparejado demonio.

—Si nos ceñimos a la labor de la agencia, tienes razón —continuó Mackenzie—, pero porqué se mete ahora con los Gremios. Ese cacharro nos ha proclamado representantes de cada uno de los Cuatro Gremios en los que se divide el mundo sobrenatural, ¿tienes una jodida idea de lo que eso significa?

—¿Problemas?

—Que se desate el infierno.

—Responsabilidades que no me interesan lo más mínimo.

—Sabía que esto iba a suceder...

La intervención de Elphet hizo que los cuatro se giraran hacia ella.

—¿Qué sabías, qué?

Tomó una profunda respiración y caminó hacia el programa principal de la agencia.

—Desde que tú te fuiste el programa empezó a hacer cosas extrañas —comentó girándose hacia él—. Al principio eran cambios muy sutiles como algún nuevo campo en el formulario o la desaparición de algún otro. Pero últimamente empezó a asignar por sí mismo a los agentes a cargo de cada contrato, sencillamente entraba el formulario cubierto y la parte correspondiente a la agencia, estaba ya rellena.

Se giró y señaló a Radin.

—Y en el caso de Radin o de Naziel, el propio programa eligió a personas de fuera de la plantilla como agentes externos —explicó antes de señalar también a Mackenzie—. Mac llegó a la oficina con un impreso que no había solicitado y con las credenciales de un agente interno.

El aludido asintió.

—Cuando encontré la carta en el correo pensé que era cosa de la agencia —comentó el íncubo—. Entonces llegué aquí y me enteré que la jefa no había tenido nada que ver, de hecho no tenía ni constancia de ello.

Elphet asintió corroborando sus palabras.

—El caso es que estos últimos meses he implementado algunas reformas estructurales, entre ellas se ha hecho una búsqueda de posibles nuevos agentes —continuó—, pero una vez hecha la selección, al insertar los datos en el programa para crear las nuevas fichas y obtener la aprobación final, el programa rechazó a todos y cada uno de ellos.

—Excepto a dos —puntualizó Mac—. Uno de ellos, yo mismo.

—Has dicho que recibiste el impreso y las credenciales —comentó Riel—. Así fue como Nishel y yo mismo acabamos en la agencia.

—Sí, pero en vuestro caso yo mandé las solicitudes —aclaró, recordando todo el papeleo inicial y la búsqueda exhaustiva que había tenido que hacer. El programa había seleccionado entonces a algunos candidatos, pero había sido él quien tuvo que mandar los comunicados y decidir si aceptaba o no a los postulantes—. El programa se limitó a sugerir una serie de candidatos de los que seleccioné algunos nombres y envié los correspondientes impresos, pero nunca actuó por sí mismo, no hasta Eireen, en realidad. Ella fue capaz de enviar un segundo formulario, sus recuerdos del tiempo que pasó con Riel persistían y el programa decidió aceptar su nueva solicitud.

El demonio asintió.

—Sí, yo estaba tan sorprendido como Nick cuando vi el segundo impreso —aseguró recordando el momento—. Se suponía que nuestras clientes no recordarían su paso por la agencia, pero ella lo hizo.

—Y no fue la única —se frotó la barbilla—. Hubo un par de mujeres que recordaban perfectamente su tiempo con nuestros agentes, aunque en sus casos, no entablaron relación posterior con ninguna de sus asignaciones, por el contrario, siguieron con sus propias vidas, algunas incluso se casaron después de ello.

Sacudió la cabeza y miró una vez más el aparato.

—Pero esta es la primera vez que opera de una manera similar —murmuró. Dejó de apoyarse en el escritorio y caminó hacia el sistema operativo e interno de la agencia—. El impreso que recibimos, la designación como Priaru del Gremio, es legal y vinculante. Nataly se lo ha llevado a Naziel y el Arconte lo ha confirmado, los emplumados están ligeramente revolucionados por este inesperado cambio, pero figura en el libro de las Revelaciones, así que... ajo y agua, soy en nuevo Priaru del Gremio Angelus.

—Concuerdo con Nick —añadió Radin, quién había permanecido apoyado contra la pared, el pelo trenzado cayéndole sobre un hombro—. El consejo de ancianos se presentó en nuestro hogar antes de que hubiese podido atravesar la puerta para confirmar los decretos de los antiguos. Sin comerlo ni beberlo, estoy a cargo del Gremio Magician.

—Hemos sido investidos en nuestros nuevos cargos por un poder que se escapa a nuestra comprensión —añadió Riel al tiempo que indicaba con un gesto de la barbilla la máquina próxima a él—, y de un modo u otro, ese programa vuelve a guiar nuestros pasos.

—Nos han reunido aquí para sentar las bases de las próximas incorporaciones al programa de selección como representantes de los Gremios —rumió Mackenzie poniendo en palabras lo que todos habían leído en sus respectivas entregas—. ¿Nuevos

agentes?

Asintió y miró a Elphet.

—Tendría sentido —aceptó—. El programa denegó las solicitudes que presentaste para habilitar una nueva plantilla posiblemente porque ya tiene una lista propia. El impreso pedía la personificación física de los cabezas de los Cuatro Gremios y una confirmación verbal para activar la búsqueda.

Ella arrugó la nariz.

—Se supone que los agentes tienen que entrar por libre voluntad al servicio de la agencia —recordó y señaló a Mackenzie—. Incluso él, después de recibir las credenciales, si se hubiese negado o reusado, podría haber dado media vuelta.

Radin chasqueó la lengua.

—No estoy seguro de eso, Elphet —comentó el hechicero—. Naziel y yo mismo no entramos en la agencia por las vías comunes.

—Lo que deja claro que el programa ha estado haciendo una serie de propios test hasta encontrar lo que buscaba —resumió mirando de nuevo el aparato—. Y cuando lo ha encontrado, ha puesto su decisión en marcha.

Se inclinó sobre el aparato, mirándolo con atención, buscando una respuesta que intuía estaba más cerca de lo que ellos pensaban, una que llegó tras el contacto de su mano con la máquina.

«Bienvenido a la Agencia Nueva Demonía, Priaru Angelus, confirma tu nombre y rango para activar la búsqueda y recolección de los nuevos candidatos a agente».

—Y eso responde a cualquier pregunta que todavía pudiese quedar en el aire —murmuró Mackenzie tan sorprendido como los demás—. Bueno, ex jefe, te toca hacer los honores.

Enarcó una ceja y lo miró antes de volver a prestar atención al programa.

—Interesante —murmuró antes de responder con voz clara—. Nickolas Hellmore, Vitriale.

El sonido característico de la máquina al ponerse en funcionamiento inundó la habitación.

—Señor —jadeó Elphet caminando hacia él—, hacía casi un mes que no escuchaba ese

sonido.

La miró y sonrió de medio lado.

—El programa me echaba de menos.

Ella entrecerró los ojos.

—Tienes razón y no es el único —aseguró con sinceridad.

Le dedicó un guiño y volvió a prestar atención a la máquina cuando esta empezó a expulsar una hoja de papel.

«Selección de candidatos del Gremio Angelus terminada».

—¿Por qué todas las máquinas tienen que tener voz de mujer? —preguntó Mackenzie con gesto divertido—. Y una tan sexy, además.

Elphet puso los ojos en blanco y lo miró por encima del hombro.

—Ten cuidado dónde metes la polla, Mac, no sea que la electrocutes —le soltó en voz baja.

Él se rio y le dedicó un guiño cómplice. Esos dos parecían haberse vuelto muy cercanos, pensó observando divertido el intercambio de la pareja.

—A mí no me mires —sentenció él entonces—, en mi época esta cosa no hablaba.

—¿Qué tienes? —preguntó Riel acercándose a echar un vistazo.

Examinó la página en la que había escritas un par de frases y debajo cinco nombres.

—Tal y como me imaginaba, el programa ya tiene hecha una preselección de candidatos —comentó mirando cada uno de los nombres, alguno de ellos se le hacía conocido—. Como cabeza de Gremio hay que reducir las candidaturas a dos posibles agentes.

—¿Dos agentes? —se interesó también Radin.

Asintió y señaló la máquina en cuestión.

—Tenemos 48 horas —murmuró leyendo cada línea una vez más—, para reclutarlos y que se presenten en la agencia para recibir el visto bueno y las acreditaciones.

—Estupendo, como si no tuviésemos mejores cosas que hacer —rumió el hechicero al tiempo que miraba la máquina—. Justo cuando las cosas parecían empezar a normalizarse...

Le posó la mano en el hombro y se lo apretó con compañerismo.

—Ya sabes lo que se dice, amigo mío, al mal paso...

—Darle prisa —terminó Mackenzie por él al tiempo que se acercaba a la máquina y posaba su mano sobre la misma recibiendo la misma bienvenida.

«Bienvenido a la Agencia Nueva Demonía, Priaru Metafis, confirma tu nombre y rango para activar la búsqueda y recolección de los nuevos candidatos a agente».

Cada uno de ellos asistió a aquella inesperada y nueva cita obteniendo a cambio la lista con los candidatos de correspondientes a sus respectivos Gremios.

—A este no lo conozco... este es gilipollas, este me debe dinero, um... creo que me follé a su hermana... y este tiene pulgas, muy malas pulgas —enumeró Mackenzie mientras repasaba con el dedo la lista.

—Ya veo que tienes una gran vida social —comentó mirando al incubo.

—Enorme e intensa.

Prefería no responder a eso.

—Igual que tu ego —murmuró al mismo tiempo Elphet.

Volvió a mirar su lista e hizo un barrido mental de los posibles candidatos.

—De acuerdo, acabemos con esto de una vez —murmuró Riel doblando el papel y dedicando un gesto de despedida a sus compañeros antes de esfumarse en el aire.

—Me sumo a sus palabras —comentó Radin desapareciendo también.

—Supongo que esa es también mi línea —añadió Mac, pero al contrario que sus compañeros, decidió salir por la puerta.

La oficina tan bulliciosa hasta hacía unos instantes quedó en completo silencio.

—Parece que vas a tener trabajo, nena.

Ella resopló, miró el programa y luego la página que tenía entre las manos.

—¿Cómo hacías para que todo pareciese tal fácil? —murmuró en voz baja—. Te juro que a veces creo que lo estoy haciendo todo mal.

Se acercó a ella y le acarició la mejilla con los dedos.

—El truco está en hacer que las cosas parezcan mejor de lo que son —le aseguró—, y sé que tú puedes hacerlo, Elph. Si alguien puede seguir adelante con la agencia, esa eres tú.

Ella bajó la mirada al papel y contempló el nuevo logo.

—Agencia Nueva Demonía —murmuró y sacudió la cabeza—. Supongo que lo es, ¿no? Un nuevo comienzo.

La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él.

—Sí, pequeña, un nuevo comienzo.

Sintió como suspiraba profundamente, entonces dio un paso atrás y volvió a vestirse con su armadura de combate, la cual la convertía en la nueva presidenta y directora de la agencia.

—De acuerdo, esperaré entonces a que traigáis a los nuevos reclutas —declaró caminando hacia la mesa para sentarse tras ella—. Y haz el favor de elegir bien, ya hay bastante testosterona aquí dentro como para llenar una piscina olímpica.

Enarcó una ceja y levantó el papel.

—No te prometo nada, Elph, no te prometo nada.

Con esa última frase, le dedicó un guiño y se desvaneció dispuesto a terminar con su impuesta tarea lo antes posible.

LOS ELEGIDOS

CAPÍTULO 6

—En una competición entre mi mente y tu lengua, hay muchas probabilidades de que tu lengua fuese la ganadora.

Adriel contempló a la dulce y tibia gatita y se relamió interiormente pensando en todas y cada una de las perversidades que le gustaría llevar a cabo con ella, aunque a jugar por la ropa que llevaba y las prístinas alas blancas que se combaban a su espalda, la

joven pertenecía a la jerarquía de los hashmallim, ángeles sanadores, lo que la haría con seguridad una reacia candidata a sus juegos.

El jadeo indignado que emergió de esos apetitosos labios lo hizo reír interiormente a la par que corroboraba sus pensamientos.

—¿Tienes algún problema con mi lengua?

La forma en que enderezó la columna y apretó con fuerza la Tablet contra su pecho le prevenía de seguir por el mismo camino, pero nunca fue demasiado bueno siguiendo sus instintos, sentía una especial inclinación a sacar de quicio a todo aquel que pudiese.

Sonrió con ironía, sus ojos se estrecharon sobre la mujer.

—Ninguno en absoluto —murmuró recorriéndola con pereza—. Me encanta tu lengua —aseguró bajando el tono de voz, dejando que sus ojos colisionaran con los de ella mientras se inclinaba sobre sus labios y los calentaba con su aliento—. Especialmente sé que me gustará cuando esté alrededor de mi polla, ya que es la única manera en la que podré mantenerte calladita.

Antes de que pudiese objetar, reclamó sus labios, penetró en la húmeda y caliente cavidad y le arrebató el aire con un ardiente beso.

—A estas alturas, tenía la esperanza de que hubieses adquirido un vocabulario un poco más amplio, Ofanim.

La inesperada voz a su espalda hizo que dejase a su presa, la cual reaccionó al instante pegándole una patada en la espinilla y golpeándole la espalda con sus alas en su prisa por retirarse.

—Perdón por la interrupción —declaró entonces el recién llegado, uno de los seres menos bienvenido por los dominios del Gremio y el cual siempre le cayó bastante bien. Quizá por el mismo hecho de que él mismo se sentía un poco ajeno a sus compañeros emplumados.

Echó un vistazo a la airada mujer y se encogió de hombros, se levantó y le tendió la mano al recién llegado.

—Vitriale, qué desastre bíblico te trae por las dependencias del Gremio.

Nickolas Hellmore era uno de los seres más poderosos de su rango y un pateaculos de primer orden.

—En realidad ninguno que se haya profetizado —comentó con ese tono irónico que le caracterizaba—, aunque no por ello es menos interesante. Vengo como Priaru del Gremio Angelus a hacerte una proposición.

¿Priaru? No era ajeno al término y, sabiendo quién era, no era sorprendente que hubiese adquirido el rango de cabeza del Gremio. Estaba seguro que más de uno tendría ahora mismo con una gastroenteritis de órdago en cuanto se enterase de la noticia.

—¿Priaru del Gremio? —silbó—. ¿Debo felicitarte o darle el pésame?

El hombre se limitó a mirarlo con esos penetrantes ojos azules, sus labios se curvaron ligeramente pero no por ello perdió el aire de extremo poder que lo envolvía.

—Me conformaré con que cierres el pico durante dos segundos seguidos y escuches.

Y aquella era una declaración muy clara viniendo de un ser como él.

Se cruzó de brazos, se apoyó en una de las columnas del hall y le cedió la palabra.

—Soy todo oído.

Él señaló entonces la dirección en la que se había marchado la mujer.

—A juzgar por lo que acabo de ver, la proposición que traigo puede interesarte —comentó antes de centrar de nuevo esa enigmática y perforante mirada en la suya—, solo te recuerdo, que una vez que me escuches, la decisión que tomes debe ser única y exclusivamente tuya.

Ahora sí que estaba intrigado. Intentó ir más allá de lo que se veía a simple vista, un poder innato en él, pero el hombre que estaba plantado frente a él parecía carecer de misterios, al menos de cualquiera que no quisiese que viese sin indagar más profundamente.

Se lamió los labios, miró a su alrededor y finalmente volvió a concentrarse en él.

—Me parece justo —aceptó—. De acuerdo, sorpréndeme pues.

CAPÍTULO 7

—Eres un capullo arrogante.

Morgan contuvo una sonrisa cuando la vio alzar la barbilla con ese coqueto puchero. ¿No se daba cuenta de lo erótico que le resultaba? Su altivez lo encendía casi tanto

como su cuerpo, la forma en la que protestaba solo para rendirse suavemente era un juego al que habían jugado más de una vez, uno en el que siempre resultaba el vencedor.

—Eso es algo que ambos sabemos.

Bufó, un gesto muy femenino que hizo que sus labios pintados se fruncieran con coqueto disgusto.

—Pues para ser consciente de ello, no haces nada para arreglarlo —le soltó ella—, lo que no habla muy bien sobre tu inteligencia.

Sonrió de medio lado y deslizó la mirada sobre ella.

—¿Quieres que lo arregle? —respondió recorriéndola con la mirada—. De acuerdo, lo arreglaré. ¿Qué te parece si empezamos con... esto?

Se acercó a ella, rondándola, admirando la esbelta figura, aspirando su delicioso aroma e imaginándosela ya en su cama, desnuda y caliente debajo de él... encima... de lado... o en la posición que fuese. Su poder se filtró en ella y vio como reaccionaba al instante, viendo lo que él quería que viese, cayendo poco a poco en el suave hechizo ilusorio que entretejía a su alrededor.

—Sí... esa es una imagen que me gusta especialmente —murmuró extrayéndola de su mente, tirando de la reluctante fantasía hasta que esta se materializó a su alrededor creando un mundo propio—. Ya veo... sí... me gusta...

Sus lujuriosos pensamientos eran como un imán, su poder parecía recrearse en ellos, deseoso de hacer realidad cada pensamiento, cada oscuro y sensual pensamiento hasta que no supiese dónde empezaba una cosa y terminaba la otra.

Ilusiones, la capacidad de recrear los deseos más ocultos y sacarlos del mundo de los sueños para convertirlos en realidad, un poder caprichoso e inestable que se convertía en el más dúctil de los siervos en sus manos.

—Morgan... —jadeó su nombre, un suave y sensual quejido escapó de sus labios mientras sus ojos se cerraban sobre los suyos, sosteniéndole la mirada sin verle realmente, disfrutando de aquello que él quería que viese—. Oh, dios...

Sonrió para sí, contemplando el jugoso bocadito que tenía frente a él, una mujer de mente simple, fácilmente manipulable e influenciable, tanto que en ocasiones resultaba demasiado fácil.

<<Es siempre tan fácil hacerse con su voluntad>>.

Sacudió la cabeza y se concentró en su juego, no era un buen momento para sucumbir al tedio, no podía permitir que su mente se obnubilase con el deseo y la subyacente necesidad que creaba en su interior su propio poder.

«Tienes una jodida reunión con el clan, ¿recuerdas?».

Su clan. Su tribu. Pero no su sangre.

Había sido acogido por la mejor amiga de su madre después que sus padres falleciesen cuando era solo un bebé, ella lo había criado tanto en las creencias de su tribu como en el mundo occidental, lo había protegido de lo que sabía le sobrevendría y lo ayudó a pasar por ello hasta que fue lo suficiente mayor como para comprender su verdadera naturaleza.

Hechicero. Ilusionista. Mago. Demasiados sinónimos para lo que se ocultaba bajo su piel, su verdadera naturaleza; un Illusory.

—Morgan...

Su nombre lo sacó de su propia ensoñación devolviéndolo a la de ella.

—Maldito capullo... para... para con eso... ¡ya!

Un agudo grito traspasó su cerebro agujerándolo como si lo acabasen de acribillar, su concentración se rompió y lo mismo pasó con la ilusión. No tenía que mirarla para saber que tendría los ojos encendidos por su propio poder, después de todo, ambos pertenecían a la misma tribu.

—Tú... tú... eres...

Enarcó una delgada ceja y se limitó a mirarla. Ella era perfectamente consciente de su poder, de la manera en que este le afectaba y en vez de evitarlo, seguía buscándole.

—No vuelvas a entrar en mi cabeza sin mi consentimiento, ¿estamos? —lo acusó clavándole el dedo en el pecho—. Se supone que ibas a ayudarme con el maldito coche, ¿por qué no puedes limitarte a hacer simplemente eso?

Porque es mucho más divertido irritarte hasta hacerte perder las bragas, pensó para sí.

—El mecánico ha dicho que el coche no estaría listo hasta esta tarde —le recordó. La parte frontal se había descolgado por completo cuando se empotró estúpidamente contra un árbol. Sus ojos se deslizaron una vez más sobre ella—. Te lo dije, podíamos

habernos quedado en la cama...

Lo fulminó con la mirada y no le quedó más remedio que alzar las manos a modo de rendición. Resopló y puso los ojos en blanco. Mujeres.

—Empiezo a hartarme seriamente de ser tu juguete —rezongó ella—. ¿Cuándo vas a tomarte las cosas en serio? Si quisieras podríamos ser mucho más, solo tienes...

—Uoh, clava el ancla ahí, querida —la atajó con rapidez—, ya sabes lo que opino sobre... esas cosas...

—Pero...

Le puso un dedo sobre los labios para silenciarla. Sus ojos se encontraron con los suyos, suplicantes, anhelantes de algo que había dejado perfectamente claro no le daría ni a ella, ni a nadie. El solo pensamiento de vincularse a una mujer le provocaba escalofríos.

—Te dije lo que podías obtener de mí en el primer momento en que decidiste venir a mi cama.

Sus labios se curvaron suavemente, casi con renuencia, no le gustaba su oportuno recordatorio.

—Antes o después tendrás que hacerlo, tendrás...

—No —la acalló una vez más. La empujó suavemente, dominándola con su estatura, el doble de la suya, haciéndola retroceder hasta tenerla apoyada contra el tronco de uno de los árboles del parque al cuál lo había arrastrado—. Seamos claros, Gwen. Follar, sí, vínculos de cualquier tipo, no.

Tembló, sus ojos se oscurecieron pero no había una sola pizca de temor en ellos, solo excitación.

—Algún día tendrás que bajar la guardia...

Su sonrisa se extendió hasta que sus labios dejaron al descubierto una amplia sonrisa.

—Es posible —asintió. Apoyó una mano contra el tronco, enjaulándola con su cuerpo, dominándola por completo—. Pero ese día no va a ser hoy.

Bajó la mirada entre sus cuerpos y aspiró profundamente, podía notar el deseo, esa corriente subyacente que le decía sin necesidad de palabras que estaba excitada y tan caliente que podría tomarla allí mismo sin una sola protesta.

Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—Gwen, Gwen, Gwen —pronunció su nombre en tono admonitorio—. ¿Por qué echar a perder lo que tenemos por algo más, cuando esto es todo lo que realmente necesitamos?

Sus ojos se encontraron y esta vez dejó que las palabras se filtrasen directamente en su mente.

«Quiero escucharte gemir, oírte rogar por mis manos, mi boca y mi lengua, quiero sentir tu cuerpo estremeciéndose a mi alrededor cuando te corres... Dame lo que quiero, Gwen».

Se estremeció, toda la piel se le puso de gallina, pero sus labios se abrieron, sus ojos se ampliaron y el brillo del deseo destelló en ellos. Sus palabras la acicatearon, llevándola al punto de apretar los muslos e intentar fundirse con el tronco del árbol.

—Admítelo, bomboncito, eso es también lo que tú deseas.

Ella tragó, pudo ver cómo su garganta se movía, como su cuerpo se sintonizaba por completo con el suyo.

—Yo no... yo...

La acalló posando de nuevo un dedo sobre sus labios.

—¿Vas a negar lo evidente? —preguntó divertido—. ¿Quieres que sumerja la mano por debajo de ese indecente vestido y te muestre lo mojada que estás ya por mí?

Se lamió los labios y negó con la cabeza, aunque sus ojos decían algo distinto, al igual que las fugaces imágenes que captó en su mente.

—De ninguna manera.

Le cogió la barbilla con los dedos y la empujó a sostenerle la mirada.

—Sí, estás excitada —insistió, viendo una miríada de emociones cruzar por sus ojos—, pero puedes estarlo aún más, mucho más.

Bajó sobre sus labios y los acarició con los suyos. Una tenue caricia, seguida de una ligera presión y la inmersión de su lengua a través de los llenos labios. La saboreó a conciencia, degustando su sabor y nerviosismo. Para cuando rompió el beso, ella jadeaba.

—Morgan...

La miró a los ojos, se lamió los labios y chasqueó la lengua.

—Um... no... todavía no es suficiente.

Ella abrió la boca para decir alguna cosa más, pero la atajó, saqueándola de nuevo. No fue suave, la empujó con su propio cuerpo, aprisionándola por completo y la instó a abrir los labios. Se coló en su interior, barriéndola con la lengua y succionándola hasta arrancarle un suave gemido.

—Mucho mejor —aceptó, paladeando su sabor. Sus ojos la recorrieron sin pudor, manteniéndola todavía prisionera—. Pero todavía puede mejorarse.

Ella puso una mano entre ambos, intentando empujarle y no pudo hacer menos que mirarla con sorna.

—Morg...

—Si crees que ya has acabado de meterle la lengua hasta la campanilla —los interrumpieron—, agradecería contar con tu atención durante unos minutos.

La voz masculina lo hizo fruncir el ceño, ladeó la cabeza y enarcó una ceja al reconocer al propietario de la misma nada más verle.

—¿Radin?

—Alto Hechicero —jadeó ella al mismo tiempo, dando un inmediato paso atrás al tiempo que perdía parte del color—. Quiero decir... Priaru.

El hombre se limitó a enarcar una ceja en dirección a ella para luego girarse hacia él y dedicarle toda su atención.

—Mueve el culo, Morgan, no tengo todo el día —le dijo. Entonces dio media vuelta y se alejó caminando hacia una menuda y delicada mujer rubia que sostenía un bebé en brazos.

El mundo debía haberse ido al infierno si los dos Altos Hechiceros estaban allí y lo buscaban, pensó con visible agonía.

—¿Qué has hecho? —lo increpó al mismo tiempo Gwen visiblemente aterrorizada—. ¿Por qué ha venido a buscarte? ¿Qué mierda has hecho ahora, Morgan?

La miró y declaró lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Obviamente joderle o no estaría aquí.

Y con ese pensamiento en mente partió tras él.

CAPÍTULO 8

—Cuando se trata de joder a las tribus, se te da de puta madre, tío.

Radin se obligó a respirar profundamente y no calcinar allí mismo al chamán. Era uno de los nombres que había en su lista y uno de los pocos que realmente consideró lo suficiente estúpido como para desear meterse en los asuntos de la agencia.

—Él no tuvo la culpa...

La suave voz femenina atrajo su atención de inmediato. Habría preferido dejarla en casa, dejarlas en casa a las dos, pero su hechicera no se lo había permitido y la verdad era, que estaba más tranquilo teniéndolas cerca, dónde pudiese protegerlas y desatar el maldito infierno si hacía falta.

Se limitó a mirarle de reojo, no tenía la menor intención de perder el tiempo explicándole al imbécil que la elección no había sido cosa suya. De muchas maneras distintas, el estar ahora mismo allí, esperando a que el otro candidato que había seleccionado se dignara a sacar la lengua de la garganta de su amante y moviese el culo, no era algo que hubiese buscado ni le interesase.

Priaru del Gremio. Era justo lo que le hacía falta. Todavía no terminaba de asentarse en su nueva tarea como compañero y padre y le caía el maldito gordo encima.

—La decisión es tuya —le informó sin más—, si quieres presentarte, te presentas, si no quieres hacerlo, no lo hagas.

Jalell bufó. Con rasgos nativos y el pelo negro recogido en una breve coleta, el chamán tenía escasa paciencia y menos respeto aún por aquellos que podían quebrarle el culo y calcinarlo en el mismo lugar en el que se encontraba.

—¿Y llevarle la contraria a los Altos Espíritus? —respondió con obvio disgusto—. Al contrario que tú, sé a dónde pertenezco y cuáles son mis deberes, Chezark, aunque esta convocatoria no se encuentra precisamente entre ellos.

—Deberías confiar más en tus instintos y menos en los espíritus que nos gobiernan —murmuró en respuesta—. Yo llevo haciéndolo toda la vida.

Su respuesta fue alta y clara.

—Oh, claro... y ya sabemos lo bien que terminó —resopló—. Una tribu completamente exterminada y otra al borde...

Miró a Ankara quién negó con la cabeza y continuó haciéndole cuentos a su hija.

—Yo diría que bastante bien, puesto que has sobrevivido —sentenció con una mirada afilada en su dirección—. Y ahora, si me disculpas, hay otro gilipollas a quién tengo que darle la fabulosa noticia de que ha sido preseleccionado para joder a los demás.

El susodicho venía caminando hacia ellos con las manos en los bolsillos y una expresión de abierta curiosidad en los ojos. Morgan había sido uno de los pocos chicos que había conocido en la reserva siendo un niño, tras la muerte de sus padres se había quedado con una familia de acogida en las tierras que colindaban con las de su tribu lo que lo convirtió en un compañero de juegos durante su infancia y de universidad antes de que su espíritu despertase y se desatase el infierno. No habían vuelto a encontrarse hasta la reunión en la que los clanes decidieron restablecer su derecho sobre las tierras de su abuela y las de su compañera. En ese momento fue consciente de que el joven que recordaba se había convertido en un hombre, en un hechicero con un poder inesperado.

—Ay, pero mira, si hay un bebé —comentó con visible regocijo. Sacó las manos de los bolsillos y se acercó a Ankara, quién mecía a su gorjeante hija en brazos—. Hola cosita...

La respuesta fue inmediata, el suelo alrededor de sus mujeres se calentó y su poder cobró vida, chocando con el de Ankara en respuesta mientras creaba un muro de contención.

—Aparta las manos de mi hija, Iliusory.

Su compañera chasqueó la lengua y lo miró con gesto admonitorio.

—Radin...

No cedió ni un solo milímetro, su poder ondeaba alrededor de ellas, protegiéndolas y haciendo crepitar cualquier cosa que se acercase lo más mínimo a las dos hembras.

—Tranquilo, hechicero, no voy a tocarle ni un pelo.

El recién llegado optó por la auto conservación, dio un paso atrás y levantó las manos.

—Lo juro.

Entrecerró los ojos sobre él y relajó su poder.

—Bien.

Sus ojos, cubiertos por unas gafas que le conferían un aspecto del todo intelectual, cayeron sobre su compañera.

—Se parece a ella —declaró dedicándole un guiño a Ankara—. Un placer verte de nuevo, hechicera. Y felicidades a ambos.

—Gracias Morgan —le sonrió ella antes de mirarle a él—. Relájate, Alto Hechicero, estás entre amigos.

No se molestó en responder, miró a Jalell, quien saludó con un seco gesto al recién llegado y luego se giró hacia Morgan.

—Si da un solo paso hacia vosotras, tienes mi permiso para congelarle los huevos, Ankara.

Dejada clara su amenaza, se dirigió a Morgan.

—¿Y bien? ¿A qué debo el honor de tan agradable visita? —preguntó el hombre.

Sonrió ligeramente y le pasó un brazo por los hombros.

—Qué sabes exactamente sobre la Agencia Demonía, Morgan.

A juzgar por la expresión de estupor y pavor que cruzó por el rostro del hombre, sabía lo suficiente como para hacer esa pequeña reunión mucho más interesante.

Después de todo, parecía que el inesperado encargo no iba a resultar tan aburrido.

CAPÍTULO 9

—Joder, pedazo para de alas, ¿el color es auténtico o de tinte?

—Esa no es una buena manera de comenzar una conversación —chasqueó Adriel.

Nick le dedicó un fugaz vistazo al ofanim y volvió a prestar atención al hombre que estaba a punto de entrar en el Bar Pecatio. El ángel mantenía sus alas plegadas a la espalda, un prístino color blanco salpicado de negro, como si un niño hubiese salpicado pintura sobre las enormes extremidades emplumadas ensuciándolas. No se molestaba en ocultar su identidad, su lenguaje corporal hablaba por sí solo y decía que

no era un buen día para meterse con él.

Y este es el último de los candidatos, pensó con ironía. Maravilloso.

Tenía que confesar para sí mismo que no sabía en qué pensaba el programa cuando hizo la selección, cada uno de los candidatos de la lista era material de pesadilla, pero bien mirado, incluso en sus tiempos en la agencia, sus agentes lo habían sido de una manera o de otra. Echó un nuevo vistazo a Adriel, quién se había cruzado de brazos y observaba la escena visiblemente divertido. Al contrario que su congénere, sus alas no estaban a la vista y se conformaba con un look mucho más mundano basado en camisa y pantalones vaqueros.

Una suave ráfaga de poder los alcanzó e hizo que su atención cayese de nuevo sobre los dos hombres frente al bar.

—Claro, Longueras, no tengo nada mejor que hacer que pasarme seis horas en un salón de belleza viendo cómo me mariconean las alas. —Su voz sonó firme, anodina, no mostraba la molestia que sin duda representaba el estúpido demonio que lo estaba increpando.

—No sé, no sé, podrían sorprenderte con algún color interesante...

—Y he ahí un demonio que quiere morir —murmuró Adriel al tiempo que chasqueaba la lengua y echaba a caminar hacia ellos.

No pudo menos que sonreír de soslayo ante la inesperada aura pacificadora del ofanim, a pesar de su picaresca, su primera elección parecía tener predilección por mediar conflictos. Lo que no sabía era si su intención era evitarlos o terminarlos él mismo.

—Sí, claro, uno que haga un infernal juego con mis ojos en el momento en que embadurne el suelo con tu sangre.

—Pues será un poquito extremo pasar del color azul al rojo, pero sin duda muy interesante —declaró el recién llegado deteniéndose entre ellos con las manos en los bolsillos—. ¿Cuándo empezamos?

El demonio pareció plantearse de nuevo su pasatiempo de joder con ángeles en el momento en que vio al recién llegado y echó un vistazo sobre él mismo. La manera en que abrió los ojos y estos parecieron salirse de las órbitas fue incluso cómico.

—¿Ni... Ni... Nickolas?

Ladeó ligeramente la cabeza y alzó la barbilla con un gesto de saludo.

—Hola Jim, ¿qué te trae tan temprano por el Pecatio? ¿Has jodido ya a Boer o todavía no has entrado?

El hombre pareció perder el color, dio un par de vacilantes pasos atrás y miró al trío reunido.

—Reunión de ángeles, ¿eh? —comentó nervioso—. Creo que os dejaré con vuestras cosas.

Enarcó una ceja en respuesta y escuchó el chasquido de la lengua de Adriel.

—Justo ahora que se ponía interesante.

—Te veo bien, Jim, mucho mejor que la última vez —comentó con sencillez.

El demonio se tensó incluso más y un segundo después se había esfumado dejándolos solos delante del bar del Devorador de Pecados.

—Demonios, carecen de modales —murmuró el hombre de pelo corto y vibrantes ojos azules, su segundo candidato al agente del mes. Sus ojos vagaron entonces entre su compañero de Gremio y él mismo, quedándose fijos en los suyos—. Vaya... esta era la última visita que esperaba encontrarme hoy. ¿A quién has jodido ahora, Hellmore?

El que lo conociese no era ningún misterio, de un modo u otro, todo el Gremio era consciente de quién era y lo que había hecho en el pasado. Al menos, todo aquello que era de dominio público.

—Estoy a punto de joderte a ti —aseguró con buen humor—. Pero tranquilo, lo haré de una manera en que saldrás vivo y caminando, aunque quizá un poco cabreado. Pero como le he dicho al plumillas aquí presente, la decisión será total y absolutamente cosa tuya.

Frunció el ceño, su mirada fue del ofanim a él y viceversa.

—¿Hoy es el día de «jodamos al Angely» y no me he enterado? —preguntó en tono jocoso.

Dejó que sus labios se curvaran por sí solos hasta mostrar una sonrisa carente de humor.

—En realidad, sí, Jaedan —aceptó Nick con sencillez—, pero créeme, es mucho menos peligroso que el día de «jodamos con el Vitriale».

Estaba claro que el hombre quería responder, pero su instinto de conservación lo mantuvo callado. Punto para el angelito, pensó divertido.

—Entremos, chicos, os invitaré a una copa —les indicó la puerta del bar—, y mientras tanto, te pondré al corriente de la oferta que traigo para ti.

Esos penetrantes ojos azules se entrecerraron sobre él.

—¿Por qué tengo la sensación de que es una oferta que no va a gustarme un pelo?

Se encogió de hombros.

—Que te guste o no, me trae sin cuidado —aseguró sin más—, mi cometido como Priaru del Gremio es comunicártela, lo que hagas o no después en base a ella, no me incumbe.

Empezaba a encontrar realmente divertido el soltar el título de Priaru y ver como todo el mundo palidecía. Sí, después de todo puede que la nueva tarea que le habían encomendado no fuese tan aburrida después de todo.

—Bien, ¿entramos polluelos míos?

CAPÍTULO 10

Elphet no pudo evitar contener una mueca interior mientras miraba su sobrecargada oficina. De pie, detrás de su silla, con la mano puesta sobre el respaldo, Nickolas intentaba ofrecer apoyo moral, el resto de los nuevos Priaru se mantenían en un segundo plano junto a su escritorio, mientras que los recién escogidos miembros para la nueva etapa de la agencia se diseminaban por el resto de la habitación. Aine estaba también presente y parecía tan feliz como una niña en una tienda de caramelos mientras devoraba con la mirada a los ejemplares masculinos presentes.

—Bienvenidos a la Agencia Nueva Demonía —saludó a los presentes intentando encontrar esa rectitud que la mostrara como la jefa que sería para ellos—. Intuyo que vuestros Priaru ya os han puesto al corriente del motivo de vuestra presencia aquí y que todos vosotros habéis venido por voluntad propia.

—Como si pudiésemos negarnos...

—Solo he venido a ver lo que se cuece por estos lares, si no me gusta, me voy.

—Pues a mí sí me gustas —ronroneó Aine con voz melosa.

El aludido enarcó una ceja, la recorrió con una mirada abiertamente sexual y sonrió

como si acabase de encontrar su próxima presa.

—Y eso hace que tengas un punto a tu favor, cosita —respondió Jallel, uno de los miembros del Gremio Magician.

Ella se rio por lo bajo y se inclinó en su dirección.

—Uf... ¿podemos quedárnoslo, Elph?

—Aine... —la fulminó con la mirada.

Hizo una mueca y le echó la lengua.

—Pues deberíamos quedárnoslo —insistió antes de mirar a cada uno de los presentes—, a todos ellos.

—No es nuestra decisión —le recordó, ahora en voz alta—. El entrar a formar parte de la plantilla de la agencia es una decisión que debéis tomar voluntariamente. Si sois aceptados, se os entregará un manual con nuestras normas, la documentación que os acredite como agentes y una tarjeta para eventualidades.

—¿Tarjeta para eventualidades? —comentó Riel mirando a Nick—. En nuestra época no teníamos de eso, jefe.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Quéjate al sindicato.

El demonio se rio por lo bajo, arrancando alguna sonrisa por su zona.

—Um... un perro, un pájaro, un chino, un mago y un demonio —murmuró Morgan y compuso una mueca—, joder, nos falta el elfo y formaremos la Comunidad del Anillo.

Ren Masaru, uno de los miembros del Gremio Demonía presentes en la sala se giró hacia su compañero más cercano con gesto irónico.

—¿Me ha llamado chino?

—Eso parece —asintió Jaedan.

El demonio oriental entrecerró los ojos.

—Vaya, la ironía no ha muerto después de todo... —añadió al mismo tiempo Adriel.

—¿Puedo matarlo ya o tengo que esperar?

—Ponte a la cola —intervino al mismo tiempo Constantine, el lycanias del Gremio Metafis—, este perro va a arrancarle los huevos.

Mackenzie, quién estaba apoyado al otro lado del escritorio, haciendo escolta con Nickolas soltó un bufido.

—Esta reunión se está volviendo más divertida por momentos.

El miembro del Gremio Magician alzó entonces las manos pidiendo calma.

—Tranquilos, amigos, tranquilos —sonrió con pereza—, mientras no nos obliguen a llevar mallas, estaremos a salvo.

Un bajo gruñido emergió de la garganta de Constantine dejando claro lo que opinaba de su carácter.

—Lo sé, lo sé... yo también estaría de mal humor si me obligasen a llevar algo así —declaró señalando el atuendo del lobo—. Déjame adivinar. Te emboscaron, te dejaron en pelotas y tuviste que correr a la tienda gay de la esquina a por ropa.

Fantástico, esto iba cada vez mejor, pensó irritada. ¿Es que los hombres no podían limitarse a mantener la boca cerrada? Para su sorpresa, el lycanias no le saltó al cuello, sus ojos marrones cayeron sobre ella haciéndola dar un respingo antes de escucharle preguntar.

—¿Puedo?

¿Qué le preguntaba exactamente? ¿Si podía matarlo? Dios, no. Al menos no todavía, no hasta que el programa le diera el visto bueno o no.

—No puedes matarlo —atajó Radin, quitándole las palabras de la boca—, pero puedes morderle el culo si quieres.

—Oye, se supone que tienes que estar de mi lado, jefe del Gremio.

El Alto Hechicero se limitó a enarcar una ceja.

—En realidad no. Desde mi punto de vista, estoy justamente dónde tengo que estar —aseguró con suma tranquilidad—, lo cual es por encima de ti.

—Creo que declinaré la oferta de morderle —continuó el lobo y la miró de nuevo a ella—, pero si me permites, me gustaría tener tu permiso para responder... o

arrancarle la cabeza.

Se lamió los labios. Sexy, educado y jodidamente letal, sí, empezaba a gustarle el lobo. Al menos era el único que parecía consciente de que la que estaba sentada en la silla del jefe era ella.

—No puedes arrancarle la cabeza... aún —respondió con firmeza, su mirada se deslizó entonces sobre el ilusionista—, pero estás en total libertad de responderle.

Asintió y dejó su lugar para acercarse al gracioso del grupo.

—Permíteme que te lo explique a mi modo —le dijo encontrándose con él, sus ojos adquirieron un brillo letal y su voz sonó dos octavas por debajo de lo normal—. Maté al gay, lo dejé en pelotas y como no salió corriendo, no pudo llegar vivo a la tienda de la esquina para cambiarse de ropa.

—Joder... —jadeó Aine a su lado.

—Sí, eso también se me da endiabladamente bien.

Ambas escucharon la respuesta del lycanias y durante un instante no supo si quería aplaudir, lanzársele al cuello o echarlo a patadas.

—Sin duda encajará en el equipo —comentó Mac solo para sus oídos, la risa presente en su voz.

Hizo una mueca y giró la cabeza para poder mirar ahora a su antiguo jefe.

—¿A quién he jodido tanto como para que me toquen una panda de inútiles tan selecta? —murmuró a su respaldo.

Él le sonrió y se inclinó sobre ella.

—A nadie, encanto, solo tienes que ocupar esa silla —le susurró al oído—. La testosterona, las quejas y la mala actitud vienen con el trabajo.

Fantástico, pensó. Ahora no solo tenía una agencia de contactos, tenía una guardería.

—Sabía que ibas a gustarme —sentenció Morgan, quién parecía tener la suicida necesidad de tener la última palabra.

El hombre se limitó a entrecerrar los ojos, entonces sonrió de medio lado, lo miró de la cabeza a los pies y asintió.

—Eres demasiado bocazas para tu propio bien, lo sabes, ¿no?

El aludido sonrió ampliamente y le dedicó un guiño.

Pasmada. Esa era la palabra adecuada para describir ese preciso momento.

Hombres. ¿Quién los entendía? Y si ya subías a la categoría de hechiceros, demonios, ángeles y cambiantes, la cosa podía ponerse mucho, pero que mucho peor.

—Creo que empiezo a tener dolor de cabeza —musitó.

—¿Te traigo paracetamol? —sugirió instantáneamente Aine—. Lo he comprado esta mañana por lo que pudiese pasar.

—A este paso tendrás que comprar un camión repleto, cariño —comentó Nick dedicándole un guiño.

—Sabes, ex jefe, es una pena que te hayas casado —suspiró, entonces sonrió y señaló al público con un gesto de la cabeza—, aunque te perdono por los nuevos compañeros de juegos que me has traído.

Nick se echó a reír, ella misma no pudo evitar sonreír y sacudir la cabeza; su hermana era un caso aparte.

—De acuerdo, ¿alguien es tan amable de iluminarme?

La ronca y sensual voz de uno de los sanguerus que habían llegado con Riel atrajo de inmediato su atención. Conocía su raza, sabía de lo que eran capaces, pero esta era la primera vez que tenía contacto con dos de ellos. Y aquello había sido otra sorpresa mayúscula, pues no eran dos los elegidos, sino tres los procedentes del Gremio Demonía. Aquellos dos iban pegados con cola, la supervivencia de uno dependía intrínsecamente del otro, un rasgo poco común entre los demonios.

—Mi baja hemoglobina está haciendo estragos en mi cerebro —comentó Cahallan.

Su compañero enarcó una ceja.

—¿En el de la cabeza o en que te cuelga entre las piernas?

No se pensó la respuesta.

—En los dos —declaró convencido—. Aunque el de abajo todavía puede pensar por sí mismo, ¿ves? Se pone firme con solo ver a la jefa.

Hizo una mueca ante la gráfica respuesta. Esos dos eran como el día y la noche, mientras que Tyler Callahan era sumamente gráfico y exudaba sexualidad por los cuatro costados, su compañero, Iryx Sands poseía un lenguaje corporal más relajado, pero no menos letal. Parecía estar siempre alerta. Incluso allí, en esa reducida habitación, se había colocado de modo que su compañero quedase cerca de la puerta y nadie pudiese tocarle si no era pasando por encima de él.

—Eso ha sido muy gráfico, gracias —murmuró en respuesta a su previo comentario.

—Ignórale —sugirió Sands con ese tono calmado—. Todavía no ha cenado.

El aludido enarcó una ceja, sus ojos parecían más intensos incluso, como si el solo pensamiento de la comida lo emocionase.

—¿Y de quién es la culpa?

Su compañeroladeó la cabeza y a juzgar por su expresión, estaba claro que le traía sin cuidado su impertinencia.

—¿Me has visto pinta de chulo?

Sonrió de soslayo, una mueca que contenía una enorme carga de secretos que solo ellos parecían conocer.

—¿De verdad quieres que responda a eso, Sands?

Su compañero le devolvió la sonrisa.

—Solo si quieres morir, hermano, solo si quieres morir.

No pudo evitar mirar de uno a otro y preguntar finalmente.

—¿Él es siempre así?

Su mirada cayó de nuevo sobre su compañero, quién le lanzó un beso.

—No. Solo cuando no desayuna a su hora, no come a su hora, no cena a su hora o no folla a su hora —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. El resto del tiempo se comporta como un jodido y normal hijo de puta.

Una descripción interesante, pensó con ironía mientras los calibraba.

—Ya veo que os lleváis muy bien.

La sonrisa que curvó los labios de Sands la sorprendió, su rostro ya de por sí atractivo, se volvió devastador.

—Oh, eso es que no nos has visto en la cama.

Abrió la boca sin saber muy bien cómo responder a eso, pero Aine se le adelantó.

—Estaría dispuesta a sacrificarme a mí misma para verlo.

—Aine...

Su hermana no dudó en dedicarle esa miradita de entendimiento mutuo.

—¿Qué? ¿Los has visto bien? —señaló lo obvio—. ¡Yo quiero!

Una sensual y erótica risa acompañó las palabras de uno de ellos.

—Sabía que podías ser una cosita inteligente.

—Callahan... —lo advirtió su compañero.

—¿Qué? —señaló a la nereida—. Lo es.

¿Por qué tenía la sensación de que aquellos dos iban a causar estragos y no precisamente de los buenos? Se lamió los labios y se inclinó sobre la mesa para mirar a Riel, quién no parecía nada sorprendido por la actitud de sus dos elegidos.

—¿Dónde los has encontrado?

El demonio puro se limitó a mirarla de reojo.

—Créeme, Elphet, no es algo que desees saber —aseguró en tono misterioso—. Si consigues que se queden, creo que serán un buen añadido a la nueva plantilla.

Volvió a mirarlos a ambos y tuvo que admitir que físicamente, esos dos, eran como el pecado. ¿Juntos o por separado? Sus fantasías empezaron a danzar solas atrayendo la mirada de Morgan, quién sonrió como si supiese lo que estaba pensando.

Tragó cuando un estremecedor estremecimiento la recorrió de los pies a la cabeza.

—¿Radin? ¿Cuál es la especialidad de Morgan?

El Alto Hechicero curvó los labios y su mirada fue respuesta más que suficiente.

—Una sugerencia, Elphet, no pienses en nada que no quieras que salga a la luz cuando él esté en la misma habitación —su respuesta fue suficiente advertencia—. Es un Illusory, tiene la capacidad de entrar en las mentes y extraer las fantasías o miedos más ocultos y construir escenarios que considerarías reales.

—Ese sería yo, sí —declaró el aludido, doblándose por la mitad en un saludo de mago—. Gracias, gracias. Reserven los aplausos, por favor.

Fantástico. Empieza a pensar en perritos, arcoíris y nubes de algodón, cualquier cosa menos esos agentes en cueros, nena. Se dijo a sí misma. Entonces carraspeó y recorrió una vez más a todos y cada uno de los presente, sus ojos se encontraron con los oscuros ojos negros del demonio asiático. El rizado pelo negro acariciándole los hombros, piel bronceada, un perfecto y delgado bigote enmarcándole el labio superior y una actitud relajada hacían de él uno de los especímenes más exótico y enigmático.

—Ren Masaru, ¿no? —quiso corroborar el nombre.

El hombre se limitó a asentir con la cabeza.

—Eres el tercer candidato del Gremio Demonía —continuó mirando al mismo tiempo a Riel.

Una nueva afirmación fue todo lo que obtuvo de él, lo que le llevó a fruncir el ceño y mirarlo de soslayo.

—No eres muy hablador, ¿no?

—La actitud lo es todo —declaró con un ligero acento que parecía ir y venir.

—¿Un proverbio asiático? —se adelantó Aine llena de curiosidad.

Sus ojos cayeron sobre los de ella y por un momento no pudo moverse, era como si estuviese clavada al asiento y no pudiese apartar la mirada.

—No. Solo una apreciación personal —respondió serio—. Es como si le preguntas a una mujer rubia y llena de curvas si sus tetas son operadas y su cerebro está vacío.

Su hermana abrió la boca sin saber qué decir, ella por otro lado cruzó las manos sobre la mesa y lo estudió con seria y firme compostura.

—¿Intentas decirme algo, Ren?

El hombre sonrió fugazmente, un gesto bastante peculiar que confería a su rostro un aire totalmente distinto, sensual y peligroso.

—No señora —respondió en el mismo tono serio que ella, sus ojos fijos en los suyos—. Y si lo hiciera, ten por seguro que no me metería ni con tus tetas, ni con tu falta de inteligencia, especialmente cuando estás detrás de ese escritorio y puedes joderme el mejor de los días.

Y eso era sin duda toda una declaración, pensó entre divertida e irritada.

—Me alegra comprobar que al menos sabes quién está a cargo en esta habitación —respondió mirándolos ahora a todos y cada uno de ellos—. Bien, caballeros. Puesto que habéis dejado claras vuestras intenciones, así como vuestra verborrea o ausencia de ella, solo me queda una pregunta que haceros. ¿Estáis dispuestos a formar parte de la plantilla de la Agencia Nueva Demonía?

EPÍLOGO

—Dime que las cosas no van a ser siempre tan jodidamente difíciles.

Elphet se dejó caer contra el borde del escritorio mientras su antiguo jefe cerraba la puerta de la oficina. Por fin todo había acabado o quizá fuese un comienzo, no estaba segura de cómo enfrentarse a todo lo ocurrido en las últimas horas, pero lo que estaba claro es que contaba con un nuevo grupo de agentes para dar vida a esta nueva etapa de la agencia.

Echó un fugaz vistazo al programa ubicado en la esquina, cada uno de los candidatos había sido aceptado, de hecho, por primera vez en la historia de Demonía, dos de los agentes trabajarían juntos, lo cual no dejaba de resultar curioso. Imaginaba que aquello tenía mucho que ver con la propia naturaleza de los susodichos.

—Seis nuevos agentes —murmuró repasando mentalmente cada una de las nuevas incorporaciones. Les llevaría tiempo acostumbrarse, pero lo harían bien, su actitud era la adecuada—. Seis quejumbrosos, irónicos, autosuficientes, sensuales, peligrosos y añadiría también, poco pacientes, agentes. ¿No había nada peor dentro de sus respectivos Gremios?

Su amante de antaño, antiguo jefe y querido amigo se apoyó en la mesa a su lado.

—A veces se necesitan herramientas extremas para dar solución a problemas extremos —declaró y señaló la máquina con un gesto de la barbilla—. Ella sabe lo que hace.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Ella?

Le devolvió la mirada y asintió.

—Ella —asintió sin vacilar—. Es el alma de la Agencia Demonía, la única que sabe realmente porque hace las cosas, nosotros no somos más que sus herramientas, el modo de obtener un fin.

—No estoy muy segura de querer ser la herramienta de algo o alguien, Nick —rezongó—. Ya viste lo que ocurrió la última vez.

La rodeó con el brazo y la atrajo contra él, dejando que descansase la cabeza sobre su hombro.

—El sendero de nuestro destino siempre va a estar plagado de piedras, Elph —aseguró—, por ello necesitas tener una escoba siempre a mano, algo con lo que puedas apartarlas antes de tropezar. No es fácil, nunca lo es, pero al final del camino siempre nos espera aquello que estábamos esperando.

Un sutil recordatorio de lo que él mismo había pasado hasta encontrar la otra mitad de su alma, su alada.

—¿Qué tal está tu alada?

La besó en la cabeza, como hacía siempre. Su vínculo era uno que no podría romperse jamás, Nickolas había entregado una parte de su destino al salvarla y esa parte siempre quedaría en ellos.

—Tan bien como puede estarlo alguien que se ha criado como humana y, de la noche a la mañana, descubre que su vida ha cambiado, que la enfermedad terminal que padecía ha desaparecido y tiene una nueva oportunidad —resumió con ternura—. Ella es mi alma, Elphet, todo lo que siempre he deseado y ahora que la tengo a mi lado, encuentro que la vida tiene mucho más que ofrecer de lo que pensaba.

Se giró para mirarle y sonrió complacida.

—Y esas son las palabras de un hombre enamorado —aseguró mirándole con ternura—. Me siento tranquila, mucho más tranquila de lo que he estado en mucho tiempo al saber que eres feliz, que ambos lo sois.

Sonrió, sus labios curvándose en esa conocida mueca llena de ironía.

—Y parece que no soy el único que ha encontrado a su otra mitad.

El recordatorio de su relación con Mackenzie hizo que se sonrojara y lo empujase para apartarse.

—No es lo que crees —declaró de inmediato—. Yo tuve a mi compañero y lo perdí. Mac es solo... un amigo... un amante... y un hombre que a menudo me saca de quicio.

Le escuchó reírse por lo bajo.

—El destino a menudo nos concede segundas oportunidades, Elphet, no te cierres en banda —le aconsejó—, nunca sabes lo que el mañana traerá consigo.

Señaló la puerta con un gesto de la barbilla.

—Con mi suerte, serán un montón de problemas atados al título «Agente Demonía» —aseguró con una mueca. Entonces sonrió y sacudió la cabeza—, pero eso está bien conmigo. Es lo que deseo, esto es lo que realmente quiero, si se ponen impertinentes, sacaré el látigo.

Nick se echó a reír y asintió.

—Te regalaré uno yo mismo —aceptó de buen humor—. Lo harás bien, serás una muy buena presidenta y directora para la nueva agencia.

Asintió. Sí, haría todo lo que estuviese en su mano para que así fuese.

—Que el látigo sea de color rojo —le dijo mirándolo de reojo—, me gustaría ir a tono.

Esa coqueta y sensual sonrisa masculina se amplió.

—Como desees, señora presidenta.

Sonrió a su vez y lo miró de lado.

—Sabes, no me vendría mal tener un asesor —comentó con coquetería—. Ni siquiera tendrías que pasar todo el tiempo en la agencia, podrías ir y venir o...

Enarcó una ceja.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

Hizo una mueca.

—Estoy desesperada, Nick, así que, por favor, dime que sí —suplicó poniendo ese puchero que hacía que otros hiciesen lo que ella quisiera—. ¿Sí? ¿Por favor?

Él sacudió la cabeza, entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—Natalie tenía razón después de todo.

Su respuesta la sorprendió.

—¿En qué?

Se pasó la mano por el pelo e hizo una mueca.

—Dijo que antes o después acabaría volviendo a la Agencia Demonía —aseguró entre risas—. Y me advirtió que, si me lo pedías y te decía que no, probaría sus nuevas habilidades conmigo, lo cual no es algo precisamente agradable.

Sonrió abiertamente y ladeó la cabeza.

—Entonces, eso es un sí, señor asesor de presidencia.

Suspiró.

—Supongo que sí, señora presidenta —respondió con esa mirada pícaro y sensual que hacía que toda mujer con hormonas se derritiese a sus pies—, tendrá usted un nuevo asesor.

Soltó un chillido de felicidad y se abrazó a él en el mismo momento en que tocaban a la puerta de su oficina y esta se abría.

—Espero que eso haya sido un sí.

Elphet sonrió abiertamente y cruzó la oficina para recibir a la recién llegada con un nuevo abrazo.

—Es un sí —declaró abrazando ahora a Natalie.

La compañera de Nickolas sonrió y la abrazó a su vez, en los últimos meses se habían hecho buenas amigas.

—No sé cómo diablos lo haces, alada, pero soy incapaz de negarte nada —aseguró él devorando a su compañera con una amorosa, sensual y hambrienta mirada.

Su respuesta fue sonreír con coquetería y enlazar su cintura.

—Te lo dije, amor, tú siempre formarás parte de la Agencia Demonía.

Y lo haría, pensó Elphet acompañándoles después fuera de la oficina para reunirse con

Riel, quién tenía a Eireen y a su hijo con ellos, Radin, Ankara y la bebé que ahora dormía en los brazos de su padre y Mackenzie, cuya mirada cruzó con la suya diciéndole todo lo que necesitaba sin palabras. La Agencia Demonía siempre formaría parte de esas personas y a partir de ese mismo momento, también abriría las puertas a muchas más.

Se proclama a Ryan Mackenzie Priaru del Gremio Metafis y se reclama su presencia inmediata en las instalaciones de la agencia, conocida como Nueva Demonía, a fin de sentar las bases sobre las próximas incorporaciones al programa de selección como representante de las distintas razas del Gremio METAFIS.

Se celebrará una reunión en la que los cabezas de los cuatro gremios otorgarán su confirmación verbal para activar la búsqueda y recolección de nuevos candidatos y/o agentes que entrarán a formar parte de la plantilla de NUEVA DEMONÍA.

Esta citación es de carácter inmediato, obligatorio e irremplazable.

Agencia Nueva Demonía,

Año 2015